Los ladrones contra las personas, 3

Un robar más complejo y disimulado

Con las leyes, habíamos llegado a una especie de institucionalización del robar. Pero el sistema no iba bien. Por las razones siguientes:

1)Tenían que hacer ver que defendían a las personas, y, aunque eso se hiciera con trampas, había aspectos que no se podían evitar.

2)Todo era demasiado «visible». Tan pronto como hubiera algo que, ni que fuera bajo mano, favoreciera el robo, ya había un sindicato, o grupos o personas, que ponían el grito en el cielo. Y, a pesar de que muy a menudo aquel elemento se dejaba pasar, tarde o temprano, sobre todo si había un Gobierno algo más propenso a las personas, al final se tenía que ceder. Porque, en un texto concreto, todo se entendía demasiado.

Se necesitaba otra «defensa» del derecho a robar. Y, a lo largo del siglo XX, siglo que dio mucho de si yendo adelante y atrás en varias cosas, la encontraron. La garantía de poder continuar robando no podía depender de un texto que casi todo el mundo entendía. Se tenía que determinar mediante unos mecanismos más largos, más complicados, que no entendiera casi nadie. Tales fueron los presupuestos generales del Estado, el techo de gasto, la aprobación de las autoridades comunitarias... La gran mayoría de la gente ni entiende ni tiene ganas de meterse en estos líos. Pero... es que los mismos dirigentes populares, apenas.

¿Cómo puedes exigir que se mejore, en los presupuestos, una partida social importante, si te dicen que, en caso de mejorar esta, se tendría que rebajar otra (¿y cuál rebajas?), porque la suma de las dos, y de otras, superaría el techo de gasto de todo el país que se ha pactado con la oposición, y que ha costado tantísimo que se llegara a aceptar? De forma que, si se forzara más el gasto social, se rompería un acuerdo y tendrían que pasar semanas y quizás meses para hacer otro. El cual (¡cuidado!) seguramente implicaría un recorte de otra partida, y que ya no se podría ni hablar, porque entonces, si no lo aceptábamos, ya no habría acuerdo posible, y quedaríamos sin poder aumentar NADA, porque tendríamos que continuar un año más con los presupuestos del año anterior. Y más, porque, incluso en el caso, nada probable, de cambiar aquella suma de gastos, entonces tampoco podría ser, porque no lo aceptarían las autoridades europeas. Y cambiar esto ya seria... como subir al Everest.

Es decir: este tejido de sumas, restas, condiciones, aceptaciones, de aquí y de allá, constituye una defensa del robo tan eficaz, que ya parece que no se pueda hacer nada. Porque mirad: ahora ya no se trata de robar el sueldo de una persona, con su despido, o el aumento de precios de los productos de una gran compañía, que «dice que pierde», ni un aumento camuflado de alquileres... No, esto ahora ya son bagatelas (lo cual no quiere decir que se dejen de cobrar, sino que quiere decir que ya son más bien menudencias, que el «pastel» ya está en otra parte).

Ahora se trata más bien de asegurar una gran obra pública, donde se juegan muchos millones, que la tienen que hacer unos que son amigos de otros... O bien se trata de una inversión pública en una gran empresa que dicen que es muy necesaria porque el día de mañana, si no la tuviéramos, vete a saber qué pasaría...

Y en el fondo del fondo... son muy a menudo razones como estas las que impiden que podamos aumentar las dos partidas sociales, sino o una o la otra.

¡Pero alerta! Por muy grave que parezca, eso todavía no lo es todo. Porque en momentos de crisis económica (crisis más o menos provocada por las grandes finanzas), se ha llegado al colmo de que, ante la escasez de recursos estatales, se haya optado, simplemente, por «recortar» todas las partidas sociales. Pues bien: eso último todavía no es lo más grave. Porque este recorte se ha mantenido durante años, sin volver al presupuesto de antes de la crisis, en lo que constituía un nuevo peldaño en el aspecto cuantitativo del desfalco popular. Siempre «justificado» por el lema habitual del «no hay dinero». Pero para otros objetivos sí lo había.

Y, hablando de todo, a estas alturas, ya no tienen por qué ser los ladrones de siempre, que los ladrones también cambian con el tiempo, y no, generalmente, porque desaparezcan, sino porque aquellos de antes ahora ya no cuentan, que los que ahora cortan el bacalao ya son otros, que, incluso, a veces, pueden ser de otro país.

Ahora ya no se trata de robar algunos millones, sino muchos (que nunca sabremos exactamente cuántos) y esto no puede estar al alcance del control de un sindicato, de un grupo de buenos economistas, de un partido de izquierdas, de una suma de entidades populares. Esto tiene que estar muy bien trabado, y si no se entiende los términos, mucho mejor.

¿Han llegado, pues, los ladrones a construir su castillo ya inexpugnable? ¡NOOO!!

Todavía falta (por ahora) un escalón más. Hablaremos de él en el próximo artículo.

Antoni Ferret